

Monseñor Jesús María Marulanda

Por Mgr. FELIX HENAO BOTERO

(Oración fúnebre pronunciada por su autor en la Basílica de Medellín, con motivo del traslado de los restos de Monseñor Marulanda a ella).

"Laudate eum, secundum multitudinem magnitudinis eius" (ps. 150, 2).

Exordio

Los dogmas cristianos tienen el encanto de saturarnos en la esperanza y de consolarnos en este valle del destierro. Cada una de las verdades confesadas por nosotros, según el símbolo de Nicea, humanizan la vida, glorifican las cunas, nos enlazan con los seres que nos precedieron en la peregrinación y tornan amable la existencia. Los incrédulos no tienen paz porque no llevan a Dios en su corazón; los impíos carecen de reposo interior al desalojar de su espíritu las verdades que hacen la existencia expiatoria y los que se alejaron de la casa paterna, no regresarán a su propia dignidad mientras coman los residuos debajo de las encinas del desierto.

"Veterem et meliorem consuetudinem observamus" decía Tertuliano. Los creyentes honramos las cenizas siguiendo las mejores costumbres de la antigüedad: los libros sagrados de los chinos y los persas, el código moral de los egipcios, las nobles tradiciones de los hebreos, los cementerios de Roma y de Grecia, revelan al historiador la antigua verdad eterna, heredada de la primitiva revelación, de la resurrección de la carne. Nosotros sabemos que Cristo es la resurrección y la vida; conocemos el dogma cautivador de la comunión de los santos; esperamos la rehabilitación de los huesos áridos en el día de la justicia y de la venida; sabemos que el cuerpo del justo será glorificado con el alma, hecho sutil y lleno de hermosura y a la vez hon-

rado con los esplendores de la gloria. Guardamos las cenizas y las veneramos con el rito sagrado porque ellas fueron templo vivo del Espíritu Santo y confesamos que el alma es inmortal y si se presentare ante el juez con la justicia santificante, reposará en el seno de Dios por la plenitud del amor, la certidumbre de la visión y la posesión del sumo Bien, sin zozobras ni tinieblas. El alma espera al cuerpo con el deseo, la amistad y la caridad. Las inertes cenizas pagan tributo a la tierra de modo transitorio; pero así como el Señor santificó el pan convirtiéndolo en su cuerpo, de análoga manera, el frágil barro de que fuimos formados, se tornará inmortal y feliz, cuando lleguen los ángeles de la resurrección a conmovier los sepulcros.

Regresas a la Basílica que tú edificaste bajo la mirada complacida de los Pastores; sus campanas han reconocido al sacerdote tan cumplido como ellas en la salmodia cotidiana; el coro capitular se regocija por que vuelves a su lado; las arcadas y el ábside, el soberbio baldaquino y los vitrales, son mudos testigos ejemplares de tu deber cumplido como el siervo bueno y fiel. El Prelado y los capitulares, el clero y tus amigos, la ciudadanía y las nuevas generaciones, los ancianos y los pobres te acompañan, te veneran, te glorifican. El órgano de la majestuosa catedral quisiera trocar las tristes melodías de difuntos por la exultación de tu regreso. Aquí permanecerás por voluntad de un Pastor agradecido y por la decisión de un senado que reconoce en tí al más ilustre de los canónigos, al más eficaz de los sacerdotes, al mejor amigo de los prelados, al más distinguido pedagogo del sacerdocio entre nosotros, al moralista insigne, al preclaro vidente y al portentoso realizador de la más hermosa en la majestad de las moradas del Señor en la República. Aquí, en la casa del Señor hay un tabernáculo para tí hasta que llegue la consumación en el día del Cordero por quien tu vida fue un ejemplar ministerio y el magisterio maravilloso.

La Iglesia arquidiocesana ha cumplido hoy una deuda sagrada. Quiera Dios que las generaciones futuras puedan contemplar tu efígie en bronce como la de aquellos Pontífices que en las basílicas romanas bendicen con su diestra, mientras que su mano izquierda señala conmovida los alcázares del Padre de la Viña.

El Sacerdote

Por fortuna para Antioquia aquí gobernaba el gran Berrío, amigo de Pío Nono, defensor de los fueros eclesiásticos, restaurador de la moral pública, insomne vigilante de la heredad espiritual y de la tranquilidad de los hogares, garantía para los ciudadanos, temible adversario para quienes se atreviesen a escalar los linderos de Antioquia la grande, vigoroso y progresista con los estudios profesionales, consejero del Prelado cuando sembraba los cimientos de la Basílica Menor, amigo de Cisneros y su mecenas, tutela del seminario en épocas luctuosas en que el clero andaba fugitivo por no someterse a los inicuos que, en nombre de la libertad, deificaban a Bentham y prohibían confesar a Jesucristo. Una mañana llegaba descalzo de Sonsón un adolescente y se encontró con quienes la Iglesia y la Patria

llamarían el Sr. Isaza, el Sr. Montoya, el Sr. Suarez y el Sr. Hoyos. "Fue el encuentro de una centuria de historia nacional!"

El latín y la filosofía, la gramática, y la liturgia, la teología moral y el derecho canónico, la historia del cuerpo místico siempre perseguido y continuamente sepulturero de sus verdugos, el país ensangrentado porque no quería trabajar y muchos hombres públicos no permitían que el Dios de los conquistadores y de los próceres presidiese sus destinos; todo aquello unido al ejemplo de varones consulares y de sacerdotes inmortales, en su porfía por defender el santo nombre de Dios profanado, dieron al joven seminarista, espléndido en la inteligencia e inagotable en su afán de apostolado, la necesaria cooperación a la gracia del sacerdocio y a la vocación a los altares.

Al pie de su tumba podríamos grabar estas palabras como síntesis de su sacerdocio: cumplió su deber toda la vida!

Prefecto del Seminario, Párroco de La Ceja, Vice-rector del Seminario, Cura de Guarne, Párroco de la Catedral, Colector de diezmos cincuenta años, Canónigo de Merced, Penitenciario, Profesor de latín y religión en la Universidad de Antioquia, Maestro de teología moral de diez generaciones de levitas, compañero de Suárez, del Dr. Zuleta, del Padre Rodríguez en el magisterio; consejero de los jefes de estado; Provisor y Vicario General, Capitular asiduo al coro, miembro de las juntas de fomento y de la catedral, Dean del Capítulo; Prelado Doméstico de su Santidad; benefactor de los pobres, tan desinteresado en edificar este templo que jamás cobró un maravedí por construirlo. Nunca faltó a sus deberes con unción, ni a la cita de los pastores con presteza, ni al confesonario en donde atendía a los pecadores con misericordia y a las almas escrupulosas con la caridad de un apóstol y la perspicacia de un psicoanalista. Al Padre Marulanda le buscaban en la piscina del perdón, de preferencia los más encallecidos y relapsos puesto que él conocía de maravillosa manera los resortes del corazón humano; y era el más humano de los confesores cuando el penitente sufría las angustias martirizantes del escrúpulo.

En la Curia los preladados, en el coro los capitulares, en el Seminario los superiores y seminaristas, las viudas y los huérfanos en su despacho parroquial, los campesinos en sus labrantíos, los niños de las escuelas y los jóvenes estudiantes, le vieron llegar siempre a tiempo, atento siempre, alegre con el humor de las almas superiores, sin un desmayo en su vida, sin un rencor por los perseguidores, sin una vacilación en el fiel cumplimiento del deber.

Cual es su ascética, Monseñor, le preguntamos un día de clase los seminaristas en su incomparable cátedra de moral y él nos respondió con certidumbre normativa: "Mi ascética es cumplir con mi deber sacerdotal todos los días". El sabía que el apostolado bendecido por Dios con la gracia de estado, no es el que espiga en campos ajenos a la obediencia sino en las trojes de la heredad encomendada por la Jerarquía. Y en unas vacaciones de reposo en La Ceja nos atrevimos a inquirir la razón de ser de su persuasión en el apostolado y de su eficacia en la brega espiritual a lo cual Monseñor, agudo en su campechano regocijo, contestó sin vacilar: el sentido del deber sacerdotal.

Porque tal fue su preciosa existencia. Perdonó a los perseguidores que un día le sacaron del templo parroquial, le cambiaron las vestiduras talaes por la chaqueta del soldado en medio de la insolencia de gentes que habían apostatado de Cristo en nombre de la revolución francesa. Anciano ya, recogimos los sacerdotes una singular anécdota de su apostolado misericordioso: en una peregrinación al Quindío fue a buscar al genízaro entorchado que le hizo prisionero y le perdonó en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: así obraba el Buen Pastor.

Si alguna vez los deberes de Ordinario le obligaron a reprender al hermano sacerdote, lo hacía sin eufemismos, con ruda franqueza estimulante para luego reivindicarle delante del Prelado. Era el sacerdote sin dolor, sin odio y sin doblez. Ortodoxo en la doctrina, intransigente en los principios, solía aplicar con caridad de buen samaritano los principios al caso delictuoso procurando el perdón para el caído y dándole el bálsamo del estímulo aún en las peores circunstancias. Otorgóle Dios el don de mando unido a la sencillez de sabiduría salomónica, para quien los problemas perplejos se resolvían con *sindéresis* y los complejos con la lógica natural, hermana de una gran decisión en sus consejos y sentencias. Dudaba poco en resolver y nunca en aconsejar. Y cuando profería algún dictamen en el tribunal o firmaba algún decreto, era firme y tranquilo en esperar el resultado. El Señor le galardonó con una de las virtudes intelectuales más escasas como es la intuición. Su posición ante los problemas de la Iglesia era la del hombre generoso, seguro y acertado, lo cual unido a su carácter sin titubeos ni languideces, le hacía apto para el consejo a los pastores, incomparable en la amistad, firme y señorial, compasivo y persuasivo. Los pastores de la diócesis le depositaron su confianza y el clero se orientaba con sus magistrales soluciones de teología pastoral. Pasarán muchos años y las normas personales de Monseñor Marulanda para los casos difíciles del ministerio, no pasarán, porque ellas son la solución.

El Conductor

Desde el diaconado hasta su muerte fue un conductor. Lo fue de sí mismo toda la vida desde que en la parcela paternal arrojó al suelo la leña para el fuego del hogar y se vino sin dilación ni trepidaciones a estudiar y a consagrarse al Señor en aquellas épocas en que el sacerdocio era perseguido por los apóstatas y los anticlericales. Fue el primero en el estudio con Suárez, el primero en atreverse a fundar con el Sr. Isaza un pequeño Seminario en su parroquia, el primero en adivinar que los planos del primer arquitecto constituían un error de perspectiva, de belleza y solidez, el primero en crear normas para organizar esta construcción de magnitud ejemplar. Vió antes que ninguno nuevos caminos en la renta decimal sin la cual el culto y el capítulo, el seminario y los menesteres de la arquidiócesis continuarían siendo lánguidos. Previó una economía justa para los ingresos indispensables; fue condecorado con Uribe Angel como iniciador del progreso fabril de nuestra tierra; resolvió con audacia escalo-

friante los más espinosos problemas con la complacencia y admiración de sus pastores. Y perseveró hasta el fin en la edificación de la Basílica que hoy se estremece con su retorno. Solíamos inquirir los profesores de su tiempo en el seminario sobre los esfuerzos y sacrificios amasados en esta grandiosa catedral y el nos respondía con sagrada fruición y sencillez encantadora: "Me tuvieron confianza los Prelados y yo la tuve en Dios. Trabajaré con mis métodos y allí está."

Sí, allí está: monumento el más espléndido de la fe nacional, austera y sencilla, elegante y sincera, firme y acogedora, erguidas sus torres, en penumbra sus naves, enhiestas sus columnas, sólidos sus testeros y cimientos, amplio el presbiterio, impecables las líneas generales, prodigioso el ábside en su desafiadora sencillez, artístico el coro capitular, severo y litúrgico el altar del sacrificio, esp'éndida y recogida la capilla del sacramento. En el recinto descansan los huesos de los últimos prelados mientras los antiguos se guarecen en las urnas amorosas y filiales del Panteón. La Catedral es el mayor monumento y el más arquitectónico de la ciudad y continúa siendo una orientación del arquitecto, una invitación a surgir, un índice en la piedad de la arquidiócesis.

Más a él y los prelados se les debe de idéntica manera el Seminario Mayor. Sin su esfuerzo y su visión de muchos años anteriores, aquella casa del futuro sacrificador hubiese dilatado su existencia. Se requerían su talento, su pericia, su tenacidad y su prudencia, unidas a la prudencia y el corazón sacerdotal del señor Cayzedo para que el nuevo seminario se acogiese en torno a la Basílica y nos recibiese en sus claustros redentores.

Grande honor el suyo de que todos los prelados de la presente centuria en Colombia, conozcan sus iniciativas, inquieran por sus métodos de trabajo y le rindan homenaje a la sabiduría de su teología pastoral. Los venerables capitulares de hoy se unen a las voces de reconocimiento y admiración que le rindieron sus antecesores en las sillas canónicas y nuestro excelentísimo señor arzobispo recoge la admiración que le tributó el señor Salazar, la confianza y el singular aprecio permanente del señor Cayzedo, la simpatía del señor Pardo, el reconocimiento de su sabiduría práctica por el señor Herrera, los permanentes estímulos del señor Jiménez, la visión en llamarle a su lado siendo joven, los señores Montoya e Isaza. Sacerdote de incomparables atributos, permaneció fiel a Dios a quien amaba, fiel a la Iglesia por la cual trabajó sin desmayos y sufrió persecuciones, leal a los pastores con quienes compartió sapientísimo el gobierno de la diócesis primero y de las arquidiócesis más tarde, hidalgo con los sacerdotes que él adoctrinó por más de medio siglo, señor sencillo y cordial que dirigía naturalmente, amonestaba con donosura y señorío; y patriota insigne. La historia nacional ha tenido sacerdotes de extraordinario sentido en el compromiso con la patria. Entre los más distinguidos ocupa Monseñor Marulanda una jerarquía singular.

Cuál fue el fruto de tanta capacidad de dirigir y de orientar? Difícilmente se encuentra en Antioquia un magisterio más fecundo porque los discípulos le tenían fe: una fe que arrancaba de la preparación solidísima del gran moralista, de la piedad sencilla del

sacerdote sincero, de la abnegación indeficiente en el cumplimiento de sus obligaciones, de su conversación tan amena como educadora, del gran sentido pedagógico en sus cátedras. Los que tuvimos la fortuna espiritual de escucharle fuimos testigos de que un profesor así forma generaciones para que eduquen las subsiguientes generaciones. Sus discípulos son prelados, presidentes de Colombia, magistrados de la justicia, gobernantes probos, profesionales dirigentes, centenares de sacerdotes y una pléyade de ciudadanos moldeados por él o con su eficaz ayuda.

Epilogo

"Sepulcrum ejus gloriosum".

Es glorioso su sepulcro!

Pídele al Señor que sigamos el camino del deber con obras y de veras; pide por los enfermos la conformidad y la salud; por los jóvenes que tú adoctrinaste la fuerza de la fe en medio de este paganismo sin grandeza que desea trocar los bienes eternos por las lentejas engañosas; ruega a Dios por las doncellas a fin de que guarden su pureza aún contrariando a no pocas madres sin pudor y sin conciencia; impetra ante el trono del Altísimo la prosperidad y la santidad de la familia; suplicale al Buen Pastor por las madres sin las cuales es nugatoria la tarea educadora; intercede por los huérfanos que fueron protegidos por tu mano misericordiosa; tú que sufriste la prisión por la justicia, ruega al Señor por los pastores encarcelados y calumniados, por tantos sacerdotes y religiosos vilipendiados y prisioneros; que sea tu plegaria eficaz ante la majestad de Dios por el prelado que honra tu memoria, por el Capítulo que enaltece tu recuerdo y ora por tí, por los sacerdotes que amamos tus normas, por el buen pueblo que no olvida tus bondades, por los perseguidores del cuerpo místico a fin de que, atraídos por los reclamos de la Providencia amorosa, sacudan el polvo del camino y vengan como el pródigo, con válidos clamores, al arrepentimiento y al propósito, como al mismo Señor de la heredad que es el Banquete.